



Programa de formación permanente

Orden de Agustinos Recoletos

Introducción



EL POR QUÉ DE UN PROGRAMA DE FORMACIÓN PERMANENTE AHORA¹

NI TIEMPOS MEJORES, NI TIEMPOS PEORES: NOSOTROS Y NUESTROS TIEMPOS

Por tanto, hermanos, os decimos que oréis cuanto podáis. Abundan los males, y Dios lo quiso. ¡Ojalá no abundaran los malos y no abundarían los males! “Malos tiempos, tiempos fatigosos”, así dicen los hombres. Vivamos bien, y serán buenos los tiempos. Los tiempos somos nosotros; cuales somos nosotros, así son los tiempos (s. 80,8).

He comenzado esta reflexión con las consabidas palabras de este sermón de nuestro padre porque considero que su enseñanza se puede aplicar a la circunstancia histórica de nuestra Orden. Una circunstancia que apresuradamente tildamos de mala por atravesar este período invernal, al que los más agoreros denominan crisis de supervivencia, y ante la que nuestra mentalidad, quizá demasiado dada a quejas y a encausamientos, incluso del mismo Dios, se rebela.

¹ Explicito a continuación las siglas de los documentos eclesiales más utilizados en esta reflexión: PC: *Perfectae caritatis*; VC: *Vita consecrata*; EG: *Evangelii gaudium*; VFC: *La vida fraterna en comunidad*; CC: *Caminar desde Cristo*; SAO: *El servicio de la autoridad y la obediencia*; PCME: *Las personas consagradas y su misión en la escuela*. En cuanto a las siglas de los organismos: CIVCSVA: Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y Sociedades de Vida Apostólica; CONFER: Confederación de Religiosos de España.

Las palabras de Agustín pueden iluminar nuestras propuestas en este período de concienciación, planteamiento de posibilidades y ejecución de las mismas, y servir de acicate para vislumbrar que la bondad o maldad de los acontecimientos históricos, que la catalogación de la crisis actual como de reducción o de crecimiento y renovación, depende más de nosotros y de nuestra actitud hacia aquéllos que de ellos mismos.

Agustín pronuncia dicho sermón en unas condiciones difíciles para todo el que se declarara romano. Suele fecharse hacia el 410, año en el que Alarico asola Roma, con lo que se tambalea, no sólo la urbe, sino el orbe entero, y por tanto cualquier pequeña ciudad de provincias, como aquella desconocida a cuyos fieles dirigiera Agustín estas palabras. La idea principal de su disertación versa sobre el poder de la oración, quizá comentando Mt 17,18-20, y en este marco de confianza en la providencia divina ha de situarse su parénesis. Ante los retos planteados por los catastróficos cambios, la solución no radica tanto en echarle la culpa a Dios ni en entristecerse ni en acusar a realidades impersonales, sino en asumir nuestro protagonismo en la construcción de los tiempos, en considerar que el tiempo también es una realidad creada y en concienciarnos de que tenemos en nuestras manos la renovación o la destrucción (cf. Dt 30,19), dependiendo de si nos abrimos y somos fieles a lo que el Señor del tiempo quiere de nosotros o no.

Hay circunstancias en la vida, tanto de las personas como de las instituciones, que conducen a la apatía, al tedio, al desánimo, a la acedia, al aburrimiento, a la angustia, a la desesperanza, bien por el ámbito en el que se desenvuelven, bien por la realidad personal de sus miembros. No estimo que se deba aplicar a nosotros aquella explicitación aristotélica según la cual la esperanza está en correspondencia con las etapas vitales, de modo que, a mayor senectud, menor esperanza. Si nuestra Orden, nuestras provincias y nuestras comunidades locales adolecen de falta de dicha fuerza histórica debido a su progresivo envejecimiento y a la reducción de su savia nueva, mala solución se tiene.

Por ello no me resisto a apelar una vez más a la experiencia agustiniana, en esta ocasión utilizando una reflexión de san Posidio sobre la actitud de su gran maestro en medio de la invasión bárbara:

Y frente a esta devastación y bandolerismo de aquellos enemigos ferocísimos que habían llegado y continuaban todavía en su invasión, aquel hombre de Dios mantuvo una actitud y unos pensamientos muy distintos de los demás hombres. Remontando su vuelo más alto y considerando más profundamente aquellos sucesos, preveía en ellos, sobre todo, los peligros y la muerte de tantas almas, porque creciendo el saber, crece el dolor, según está escrito, y el corazón sabio es un gusano roedor para la vida. Por eso, más de lo acostumbrado se alimentó del pan de lágrimas día y noche, y los últimos días de su ancianidad llevó una existencia amarguísima y más triste que nadie².

² Vita 28, 6.

La primera parte del párrafo testimonia que, ante la desesperación con la que sus coetáneos, tanto paganos como cristianos, vivían los crueles acontecimientos, Agustín los vive de modo distinto, elevando su mirada hacia un horizonte más alto, expresión ésta que denota una actitud esperanzada. San Posidio, por tanto, presenta a su maestro como un hombre de esperanza, cualidad inusual por aquel entonces según el biógrafo.

Pero, al mismo tiempo, la segunda parte explicita que dicha actitud esperanzada está insuflada de realismo, no pasa por la amnesia, por el mirar hacia otra parte o por la indiferencia ante los sufrimientos generados por la invasión. Al contrario, el hombre que vive con su esperanza puesta en Dios (‘remonta su vuelo’) es también quien, porque sabe mirar desde Dios, se hace presente y acompaña los sufrimientos y las desgracias de cada momento histórico (cf. Hch 1,10). La esperanza cristiana, como reza el texto, sacude lo superficial para desentrañar los sucesos en su profundidad, a fin de que, con honradez, se reaccione de una manera discernida y arriesgada.

También el quincuagésimo cuarto capítulo general alentó el escrutinio de la anchura, la longitud, la altura y la profundidad del amor de Dios sobre nosotros y sobre nuestro mundo (cf. Ef 3,18-19)³, al tiempo que quiso promover un período de reflexión y de renovación para que, sin dejar de ser fieles a nuestro carisma, construyamos una historia de futuro acorde con las directrices evangélicas y las necesidades de los tiempos (cf. VC 110). El mensaje capitular, basado en una significativa parénesis de Benedicto XVI⁴, es buena muestra de ello, así como el lema paulino elegido para tal evento: “Si trabajamos y nos esforzamos, es porque tenemos puesta nuestra esperanza en el Dios vivo, que es el salvador de todos los hombres” (1Tim 4,10).

Tal como se desprende de esta cita, la esperanza no se restringe a una dimensión pasiva. Implica actividad, y actividad preñada de lo nuevo, de lo inédito. Porque uno de los rasgos del Dios en el que creemos, el Padre de nuestro Señor Jesucristo (cf. Ef 1,3), es precisamente la novedad, tanto en su sentido protológico, tal como reconoce el término teológico *bará* y la consiguiente traducción como creación *ex nihilo*, como en su sentido escatológico, anticipado en la resurrección de Jesús. De él se afirma en la Escritura que rompe los círculos viciosos que gangrenan al pueblo e inyecta una novedad que catapulta hacia el futuro: hace nuevas todas las cosas (cf. Ap 21,5); hace surgir algo nuevo, aunque no se perciba (cf. Is 43,19); otorga “un corazón nuevo y un espíritu nuevo” (cf. Ez

³ Parafraseando esta cita paulina, san Agustín describe la vivencia desde el corazón en los siguientes términos: *anchura*, buenas obras; *largura*, longanimidad y perseverancia en las obras buenas; *altura*, espera en los bienes eternos; *profundidad*, gracia de Dios (cf. s. 53,15).

⁴ “Recomencemos desde aquí llevando en nuestro corazón la alegría de ser discípulos del amor” (*Homilía en la celebración de vísperas*, Pavía, 22 de abril de 2007).

36,26); hace criaturas nuevas (cf. 1Cor 5,17)... De ahí que la gran pregunta en este período invernal no atañe tanto a lo que vamos a hacer si somos tan pocos y tan viejos, cuanto a chequear nuestra capacidad real de novedad, nuestra sensibilidad por lo nuevo y nuestra entrega a ello⁵.

Por esta razón, el capítulo general propuso para el presente sexenio el siguiente objetivo: “Revitalizar la Orden desde nuestra identidad carismática para cumplir mejor la misión evangelizadora, reorganizando sus organismos e intensificando la comunión fraterna y eclesial”. Además, en la introducción a las ordenaciones, brindó estas acertadas palabras explicativas de lo dicho:

Los agustinos recoletos creemos firmemente en la fuerza renovadora de la resurrección de Jesús y no podemos afligirnos *como los hombres sin esperanza* (1Tes 4,13). Por ello proponemos hacer una opción audaz, sacrificada y apasionante. Tendremos que consolidar unas estructuras y transformar cuantas sean necesarias para que nos muevan más eficazmente a una vida espiritual exigente y enriquecida, a una comunión de vida fraterna y eclesial y a la más ardiente caridad apostólica.

Para cumplir dicho propósito, y concretar propuestas de realización al próximo capítulo, se constituyó una *Comisión de revitalización y reestructuración* que, sirviéndose de diversos instrumentos, como reflexiones, cuestionarios y valoraciones, concienciara a cada religioso de que no atravesamos malos tiempos, sino de que vivimos un auténtico *kairós* que requiere un serio cuestionamiento de lo que Dios quiere hoy de los agustinos recoletos para actuar en consecuencia.

⁵ Debo esta intuición a F. J. Ruiz Pérez, en su ponencia del 20 de enero de 2013 en el marco de la XX Aula Agustiniiana de Educación, celebrada en el Colegio San Agustín de Madrid, aunque bien puede derivarse también del aforismo agustiniano que comprende a Dios como la belleza siempre antigua y siempre nueva (cf. *conf.* 10,27,38). En este sentido, insto a releer desde esta perspectiva EG 11-13, sobre ‘la eterna novedad’.



LA AUTÉNTICA RENOVACIÓN

DEPENDE DE LA FORMACIÓN DE SUS MIEMBROS

No resulta baladí que dicha comisión iniciara su andadura con la publicación de una serie de folletos, más que válido material de formación permanente. Esto quizá se deba a que pesa mucho el acertado consejo conciliar de que la “adecuada renovación de los institutos depende en grado máximo de la formación de sus miembros” (PC 18a). Consejo, dicho sea de paso, propuesto en un momento de profunda transformación para la vida religiosa.

Si bien es verdad que el proceso de revitalización emprendido por la Orden ha de renovar nuestras estructuras comunitarias e institucionales, debido a la confluencia de individualidad y comunión en la persona humana y, por consiguiente, en el religioso, también lo es que su transformación sólo acontece si previamente existe el convencimiento de quienes las integran y les otorgan sentido. Por este motivo, la ansiada revitalización se sustentará en sólidos cimientos y procurará la vida en abundancia (cf. Jn 10,10), la calidad de vida evangélica que todos anhelamos, si va precedida de la auténtica conversión de los agustinos recoletos a Dios y a su reino.

Renovación a través de la transformación de la mente

Para advertir la radicalidad del hecho, cada vez hallo más acertado el vocablo griego asumido tanto por los traductores del texto masorético como por los

hagiógrafos neotestamentarios para verter el vocablo hebreo *sûb*⁶. Éste posee dos acepciones: una profana, para significar retornar, cambiar de dirección; y otra religiosa que, en la profecía del s. VIII y, por derivación, en la perieixílica, se aplicaba en sentido estrictamente personal y afectaba a la totalidad de la existencia humana. En este contexto, *sûb* implica un apartarse del mal (cf. Is. 1,16; Ez 18,31; Jer 36,3) para volverse a Dios, para retornar a la relación original con él (cf. Os 14,4; Jer 3,22-23; Is 10,10-21).

El término griego asumido para traducir dicho vocablo (*metanoëite*, *metanoeo*) ofrece un matiz espiritual e intelectual, significando cambio de mente o de pensamiento, pero sin perder de vista que dicho giro, o precisamente en virtud de ello, repercute en un cambio de actitud existencial y de vida. Sin pretender ni dualismos ni reduccionismos antropológicos, destaco este matiz del término *metánoia* para la reflexión posterior porque considero que son las ideas bien fundamentadas las que permiten al ser humano replantearse con seriedad su existencia, cambiar realmente de dirección e insuflar de un nuevo sentido su vida, sin dar pasos en falso.

Desde luego que para la ‘conversión o renovación’ resultan de vital importancia la sensibilidad y toda la urdimbre afectiva que sostiene al ser humano. Aquélla taladra nuestros corazones de piedra y nos torna realmente humanos (cf. Ez 36,26), al tiempo que ésta impulsa nuestro acercamiento y nuestra acción, tal como ejemplifica el proceso de compasión y de misericordia reflejado por Jesús en la parábola del buen samaritano (cf. Lc 10,30-35)⁷. Sin embargo, habida cuenta de la naturaleza de ambas realidades, tanto la una como la otra están sujetas a lo momentáneo e impulsivo, y en cierto sentido irracional e inconsciente, y requieren de otra fuerza interior a) que clarifique su motivación, b) que le dé consistencia, estabilidad y mordiente y c) que acometa la encomienda suscitada.

En este sentido, la dimensión intelectual de la conversión juega un papel decisivo en la forja de una opción fundamental o en su replanteamiento. Es un hecho que quien se convierte y da un giro radical a su vida es la persona humana en su totalidad. Es un hecho que la experiencia diaria manifiesta que, con frecuencia, intelectualmente se tienen las cosas claras, pero que dicha clarividencia no desciende con facilidad al corazón y, por consiguiente, no lo afecta, por lo que la persona sigue anclada en sus apetencias o comodidades, en su rutina y eterno retorno, siendo ‘ulises’ más que ‘abrahanes’.

⁶ Cf. H. Merklein, “*Metánoia*, as, e”: H. Balz y G. Schneider (dirs.), *Diccionario exegético del Nuevo Testamento*, II, Sígueme, Salamanca 1998, 249-259; S. Légasse, “*Epistréfo*”: H. Balz y G. Schneider (dirs.), *Diccionario exegético del Nuevo Testamento*, I, Sígueme, Salamanca 1998, 1540-1543.

⁷ Cf. L. Pérez Aguirre, *La opción entrañable ante los despojados de sus derechos*, Sal Terrae, Santander 1992.

Pero también es verdad que, sin esa decisión racional, difícilmente se puede doblegar el entramado de dependencias afectivas que distorsiona la objetividad de las situaciones, paraliza los buenos deseos y motivaciones y termina destruyendo propósitos y metas. El cariz intelectual o racional (o consciente) de la conversión, por el contrario, nos saca de nuestro ensimismamiento y nos oxigena; nos saca de nuestro pequeño mundo, abre horizontes de futuro, confiere agudeza mental para discernir lo mejor en cada instante y otorga aplomo resolutivo para ponerse otra vez en marcha por el camino elegido, pues la conversión tiende a crear hombres y estructuras nuevos.

Quisiera pensar, más allá de un estudio exhaustivo sobre las ‘conversiones’ de nuestro padre, que el reclamo de su experiencia como teología narrativa plantea la conversión en el sentido expuesto de cambio de mentalidad, de forma de conocer y de acercarse a la realidad. Quisiera pensar que el recorrido intelectual plasmado en sus *Confesiones* en pos de aquella verdad existencial que le proporcionara la felicidad es el que mueve su cambio de actitud y consigue su desarraigo o desasimimiento, pues los pequeños afectos parecían necrosar su joven corazón inquieto (cf. *conf.* 8,11,26-27). Quisiera pensar que dicha *metánoia*, aunque se apartara de las criaturas para retornar al creador, prosiguió en años sucesivos, ya que su imagen de Dios está expuesta a una continua revisión (cf. *s.* 52,16; 117,5), dado que es un Dios nómada que procura siempre ser encontrado allí donde quiere que se lo busque o, a mejor decir, nos sale al encuentro donde y cuando menos lo esperamos⁸.

En fin, quisiera pensar que esta teología narrativa agustiniana hiciera mella en quienes enriquecen su carisma, dado que el paso de los años revela la facilidad con la que nos aferramos a nuestras convicciones, quizá más guiadas por afectos que por razones, ya por carecer de horizontes existenciales y comunitarios, ya por no haber proseguido con cierta vitalidad de pensamiento, quedándonos en lo estudiado en su día, que abra nuevos frentes y permita asomarnos a los abismos de lo inédito. Agustín nos diría que la falta de formación permanente aumenta la miopía, encallece la sensibilidad ante las continuas interpelaciones y encoge la valentía.

Continua insistencia del Magisterio

Por esta razón estimo que el Magisterio anima insistentemente a los religiosos a cultivar la formación permanente y a considerarla una de las tareas prioritarias, máxime en un período de cambios vertiginosos como el actual. Ante ellos, los agustinos recoletos necesitan “verificar las bases de la formación y profundizar en

⁸ En este sentido, como recientemente recuerda el papa Francisco a la luz de Abraham, nuestro Dios nos vuelve nómadas, nos pide “salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del evangelio” (EG 20).

las metas y contenidos, para adecuarnos a los tiempos y a las nuevas situaciones personales, sociales y eclesiales”. Hoy, más que nunca, se requiere “formación sólida, dinámica, fresca, abierta a los nuevos horizontes de la sociedad mundial en profunda transformación”⁹. Advierto que en dicha insistencia ha de leerse una exhortación más a que la vida religiosa no pierda su cariz alternativo y profético para la Iglesia y la humanidad de nuestro tiempo.

No es el caso hacerse eco aquí de todos los lugares en los que la Iglesia reclama esta *metánia* constante, pero no puedo menos de señalar algunos que valoro significativos para nuestro proceso de revitalización y reestructuración, para nuestro proceso de retorno a la relación original con Dios, nuestro único necesario.

Quizá el lugar más emblemático, por sistemático y profundo, sea la exhortación apostólica *Vita consecrata*. En ella, Juan Pablo II, a la vera de *Perfectae caritatis*, asegura que la “renovación de la vida consagrada depende principalmente de la formación” de sus miembros (VC 68; cf. PC 18; CC 14). Anima, además, a trabajar metodológicamente en dicha formación, que describe como “un proceso vital a través del cual la persona se convierte al Verbo de Dios desde lo más profundo de su ser y, al mismo tiempo, aprende el arte de buscar los signos de Dios en las realidades del mundo” (VC 68).

Esta descripción de la formación en general, y de la permanente en particular, resulta sugerente. Por una parte, como recogen documentos posteriores, se alude a la formación como proceso, como crecimiento, que atañe a la mejor configuración con Cristo, a la más perfecta conformación con sus sentimientos (cf. EG 160; SAO 13g; CC 15); a la “gestación de aquel hombre nuevo que experimenta dentro de sí” (VC 69). Se ve a las claras el vínculo entre formación y renovación e, incluso, recreación del ser humano en su proceso de cristificación, pero también se insiste en que la formación no atiende exclusiva ni prioritariamente a la inculcación doctrinal a manera de barniz o simple puesta al día, ni se la reduce a ninguna etapa concreta de la vida, porque abarca todas y cada una de ellas, con sus circunstancias vitales propias (cf. VC 69, 71; SAO 13g)¹⁰.

En este sentido no tienen desperdicio ciertas consideraciones del documento *Caminar desde Cristo*, donde se subraya que tal proceso de configuración con

⁹ S. Bisignano, “Formación”: A. Aparicio Rodríguez y J. Canals Casas (dirs.), *Diccionario teológico de la Vida Consagrada*, Publicaciones Claretianas, Madrid 1989, 712 y 713, respectivamente. A partir de ahora, cito este diccionario con la abreviatura *DTVC*.

¹⁰ En este sentido no me resisto a transcribir unas reflexiones de S. Bisignano que podrían glosar perfectamente esta intuición: “La calidad de la vida consagrada, la vida comunitaria, la participación real y responsable en la vida del instituto, la posibilidad efectiva de responder a los desafíos del mundo contemporáneo con creatividad y con arrojo, exige a todos y cada uno un proceso de crecimiento constante, de discernimiento, de apertura al Espíritu, de disponibilidad y decisión” (S. Bisignano, “Formación... 737).

Jesús dura toda la vida y compromete a toda la persona, al tiempo que concibe la formación no sólo como “un tiempo pedagógico de preparación” para algo fijado y concluido, ya sea la profesión simple, ya la solemne, ya la ordenación sacerdotal, sino como un “modo teológico de pensar la misma vida religiosa” (CC 15).

Así lo presenta también la reciente exhortación apostólica *Evangelii gaudium* del papa Francisco, si bien planteado en el ámbito más genérico del crecimiento en la fe. En los números 160 y 161, además de lo dicho, puntualiza dos aspectos dignos de mención: primero, que el crecimiento que procura la evangelización “implica tomarse muy en serio a cada persona y el proyecto de Dios sobre ella”; segundo, que dicho crecimiento ha de observar lo que Dios nos indica, que no es otra cosa que el amor al prójimo, especialmente a los más necesitados.

Estos énfasis del papa Francisco recuerdan la segunda gran idea del texto de *Vita consecrata* con el que abría mi exposición: la importancia del discernimiento en dicho proceso. Discernimiento que se ampara en el cultivo de la sensibilidad para descubrir en la opacidad de las circunstancias de la vida lo que Dios quiere de nosotros, y no lo que nosotros creamos o queramos que quiera, y abrirnos así a la alteridad, haciendo incluso “sensible en cierto modo su presencia mediante el testimonio del propio carisma” (VC 68). Dicho discernimiento se torna hoy más acuciante por el ritmo frenético con que los cambios se suceden en la realidad y por la exigencia continua de fidelidad que le es propia a la vida consagrada (cf. CC 15)¹¹.

Por su parte, en el documento *El servicio de la autoridad y la obediencia* se explicitan algunas de las actitudes implicadas en dicho discernimiento: “Será responsabilidad de la autoridad mantener alto en todos el nivel de disponibilidad ante la formación, la capacidad de aprender de la vida, la libertad de dejarse formar cada uno por el otro, y sentirse cada cual responsable del camino de crecimiento del otro” (SAO 13g). Además, como medios sugiere la puesta en común de la palabra, el proyecto personal y comunitario, el discernimiento comunitario, la revisión de vida y la corrección fraterna.

¹¹ Como se asegura en otro documento, “los consagrados y consagradas, dejándose transformar por el Espíritu y viviendo en estado de formación permanente, se hacen capaces de ampliar sus horizontes y captar las dimensiones profundas de los acontecimientos” (PCME, 83).



NECESARIA FORMACIÓN PERMANENTE PARA AFRONTAR NUESTROS TIEMPOS

La salvaguarda de nuestro carisma está en consonancia con estos presupuestos. No sólo porque Agustín fuera un incansable buscador de la verdad, lo que le hizo moverse a su son, sino también porque el espíritu de la recolección, con su invitación a la constante búsqueda de las fuentes, el subrayado de la interioridad, la reforma de una vida comunitaria un tanto atomizada y la invitación a la adaptación a los tiempos, así lo testifican a lo largo de sus siglos de existencia.

A la espera de la revisión del *Plan de formación*, la renovación de nuestras *Constituciones* recoge, en gran medida, el sentir eclesial expuesto, tal como se percibe en el desarrollo de la cuarta etapa de formación (cf. *Const.* 256-275), enriquecida con respecto a la redacción constitucional anterior (cf. *Const.* 258ss.) por la doctrina de *Vita consecrata*. Casi al inicio de esta exposición se pone de manifiesto la importancia de la formación permanente en la renovación y revitalización de cada religioso y de la Orden, al sostener que “la formación permanente es uno de los nombres de la renovación y de la conversión religiosa” (*Const.* 257), aspecto éste recogido en el objetivo del curso de renovación como

uno de los medios importantes de formación permanente (cf. *Const.* 269), así como en otros lugares de nuestras *Constituciones*¹².

La prioridad de la formación permanente, asimismo, queda expresada al referirse a ella como “necesidad colectiva primordial” y al asegurar que la primera obligación de la Orden y de las provincias radica en “velar por la formación permanente de sus miembros”¹³ y en renovar progresivamente “las estructuras y las actividades” (*Const.* 263). Este último apunte resulta singular porque expresa que, en la formación permanente, está en juego la persona del religioso, pero también las obras, las estructuras y las iniciativas de la Orden, con lo que la renovación o conversión del religioso ha de repercutir en la reorganización y reestructuración de las instituciones que forma y configura.

En la misma línea, el último capítulo general, en la ordenación sobre la *Comunión y reestructuración*, encarga al prior general con su consejo que:

Prepare, con el asesoramiento de los institutos y secretariados generales de espiritualidad y formación, un itinerario de formación permanente para toda la Orden en el que se tengan muy en cuenta el proceso humano y espiritual del religioso y la vida comunitaria (*ord.* 2.2).

Acto seguido, completa esta ordenación con la siguiente:

Ofrezca directrices que fortalezcan la unidad y la comunión para que las provincias elaboren su programa de formación continua, y téngalas en cuenta al aprobar los Directorios. En este programa, además de otros contenidos, se incluirán el proceso de conversión y la experiencia agustiniana de interioridad, la lectura orante de la Sagrada Escritura, la doctrina monástica de san Agustín, el conocimiento de las *Constituciones*, la espiritualidad y misión de los agustinos recoletos, y la historia de la Orden. Las provincias, por su parte, adapten su programa a estas directrices y unan sus esfuerzos para organizar las semanas y jornadas de formación permanente cuando se celebren en una misma región (*ord.* 2.3).

A fin de dar cauce a estas peticiones, pero más centrado en la ordenación 3.2, el prior general con su consejo nombró una comisión que ideó una serie de recursos con el propósito de enriquecer a los hermanos y afianzar en ellos el proceso de revitalización¹⁴. Para la realización de sus propuestas, el consejo remitió a la temática que programara para afianzar la formación permanente de los religiosos durante la segunda mitad del sexenio: revitalización, comunidad y vida fraterna (2014); revitalización e interioridad (2015); revitalización, discernimiento y reestructuración (2016).

¹² De éstos, transcribo uno: “Para favorecer la unión entre los diversos institutos de inspiración agustiniana, conviene promover conferencias y encuentros que contribuyan a estrechar más los vínculos fraternos, y a procurar una constante renovación” (*Const.* 115d), aspecto intelectual expresado también en *Const.* 137.

¹³ En consonancia con esto, la siguiente encomienda a los priores provinciales: “Una de las principales preocupaciones del prior provincial debe ser la selección y fomento de las vocaciones, y la instrucción y formación de los formandos, pues la *perenne renovación de la provincia depende principalmente de la formación de sus miembros*” (*Const.* 406, texto basado en el consabido PC 18, aunque no se cite).

¹⁴ Cf. Prot. N. 1-3/13.2, del 30 de mayo de 2013.

A la luz de lo dicho, el *Instituto de espiritualidad y de historia* de la Orden quiere prestar sus servicios a todos los hermanos en este campo, por lo que ha pergeñado tres cursos de formación ‘en línea’, accesibles a todos y deseamos que válidos para todos. Su temática se adapta a la ya expuesta por el consejo general, pues toca de lleno a nuestra dimensión carismática, aspecto fundamental de toda formación permanente según la Iglesia (cf. VFC 45-46). Sí denota una mayor novedad su modo de realización, no sólo porque se valga del soporte informático, ahorrando desplazamientos y facilitando su seguimiento en los tiempos que el religioso considere más adecuados, sino porque ha procurado primar la pluralidad: de autores, de enfoques y de desarrollos.

La comunidad, la interioridad y el discernimiento son realidades lo suficientemente amplias y con bastantes aristas para que se aborden desde diferentes puntos de vista y profundicen en distintos aspectos. Por ello son muchos los hermanos, hermanas y laicos que han respondido afirmativamente a la petición del Instituto. Se ha pretendido que ninguno de los integrantes de la familia agustina recoleta quede excluido de este importante cometido, así como de contar con el mayor número posible de colaboradores, de diversas procedencias, edades y con diferentes estudios, para que la pluralidad que caracteriza nuestra Orden haga sentir la riqueza que portamos.

Asimismo, son múltiples los matices que se han sugerido para el desarrollo de cada uno de estos temas: unos más teóricos, otros más prácticos y vivenciales; unos más históricos, otros más pastorales; unos más teológicos y espirituales, otros más antropológicos y psicológicos... De esta forma se quiere contactar con todas las sensibilidades, llegar a aspectos que a todos nos involucren en la reflexión y en la propuesta. Sería una utopía que todos leyeran y estudiaran todas las colaboraciones, pero al menos quisiéramos que todos encontraran algunas que toquen de cerca su circunstancia comunitaria, personal o pastoral.

Cada colaboración aparecerá en la página web de la Orden en el tiempo estimado (una o dos mensuales). Se ha pretendido, y así se ha hecho saber a cada colaborador, que sean materiales bien fundamentados, que den que pensar, capaciten para dialogar, enseñen a poner en común, dispongan a replantear y permitan (co)sentir, (co)hacer, (co)esperar... para que en verdad posibiliten la renovación personal y comunitaria, ayuden a clarificar y discernir lo que Dios hoy quiere de la familia agustina recoleta.

Sería importante no perder de vista esta pregunta, voz que se escucha en la palabra de Dios, en las directrices de la Iglesia, en las voces de los seres humanos, en los acontecimientos de la historia, pero para cuya recepción quizá no estemos sensibilizados. Ella arrojará luz para orientar adecuadamente nuestra revitalización y reestructuración como familia y como Orden. Ni que decir tiene

que se podrían abordar los epígrafes elegidos de otra manera, más académica sin duda, e incluso tratar otros de los que no hemos sido conscientes. Pero en todo momento se pretende concretar, o que cada uno de nosotros concrete, qué se nos pide a los agustinos recoletos y cómo podemos responder mejor a dicha pregunta en los recovecos de nuestra vida cotidiana.

Ahora que se habla tanto de calidad de vida, no perdamos de vista que ésta deriva del encuentro real con Dios, nuestro único necesario, allí donde él quiere ser encontrado, no donde nosotros estemos situados o donde nos empeñamos que él se sitúe.



LA COMUNIDAD COMO SUJETO Y OBJETO DE FORMACIÓN PERMANENTE

He omitido interesadamente del anterior repaso sobre la doctrina magisterial acerca de la formación permanente las interesantes aportaciones del documento *La vida fraterna en comunidad*, porque ellas sirven de ambientación y preámbulo a las reflexiones que, durante el presente 2014, se desarrollarán sobre ‘Revitalización, comunidad y vida fraterna’.

En los números 43-46, la CIVCSVA exhorta a que las comunidades religiosas, no tanto los religiosos, sean sujetos en permanente formación. Expresa, además, las dificultades que encuentran hoy en día los proyectos de formación permanente, como la falta de tiempo para asistir a los encuentros, reuniones y cursos, algo que el instituto pretende solucionar con la modalidad ‘en línea’ adoptada para esta ocasión. Pero, sobre todo, subraya como una de sus finalidades la de “formar comunidades maduras, evangélicas, fraternas, capaces de continuar la formación permanente en la vida religiosa” (VFC 43).

Por si fuera poco, añade que uno de los objetivos de dicha formación consiste en “integrar a personas de diversa formación y de visiones apostólicas distintas en una vida comunitaria, donde las diferencias no sean tanto ocasión de contraste cuanto muestras de mutuo enriquecimiento” (VFC 43). Así, la comunidad no sólo es sujeto, sino también objeto, de la misma: la formación permanente procura hacer más y mejor comunidad. A continuación matiza algunos temas en torno a los que puede vascular dicha formación: los consejos evangélicos (cf. VFC 44), el carisma (cf. VFC 45) y la identidad carismática (cf. VFC 46).

Tal como denota el énfasis puesto con algunos comentarios del texto, el acento de esta propuesta recae en la comunidad, no en las personas, porque, como bien recogía el pensamiento profético sobre la *metánoia*, ésta recae en la radicalidad y en la totalidad, entendida como giro existencial que engloba toda la persona, afectando a la comunidad y a las estructuras, que también deben ser recreadas. Como reflexiona M. A. Asiaín, parafraseando positivamente la mentalidad sartriana de la alteridad como el mayor infierno, tan común en nuestras comunidades, “mi mayor conversión, lo que más me obliga a convertirme, es la vida común... Estar juntos, convivir, estar expuesto a lo que los demás pueden pedir a uno y responder en consecuencia, obliga a una conversión constante”¹⁵.

Por ello, no se subrayará lo suficiente que la revitalización de nuestra Orden comienza hoy por sentirnos convocados a formar una única familia, siendo pedagogos de cómo se vive en, desde, para y como comunidad. El concilio Vaticano II, y toda la teología y espiritualidad de él emanadas, ha recuperado la importancia de la personalidad corporativa de la cultura judeo-cristiana y la urgencia de sentirnos ‘en comunión’, aspecto sabiamente desarrollado por nuestro padre a la luz de la rica teología paulina del cuerpo¹⁶ y que le hace exclamar aquellas palabras, pronunciadas hacia el 425 o el 430, siempre en el ocaso de su vida: ‘No quiero salvarme sin vosotros’ (s. 17,2), y que hallan hoy un estilo peculiar en la exhortación del papa Francisco:

Nadie se salva solo, esto es, ni como individuo aislado ni por sus propias fuerzas. Dios nos atrae teniendo en cuenta la compleja trama de relaciones interpersonales que supone la vida en una comunidad humana (EG 113).

Ni que decir tiene que, para nosotros, pensar en agustino recoleto implica pensar comunitariamente, porque la vida fraterna es la piedra de toque que acrisola nuestra consagración y nuestro carisma, sin que con ello pretendamos ninguna singularidad, pues esta forma de vida es inherente al seguimiento de Jesús. La comunidad ha de erigirse, como afirmaba hace unos años M. A.

¹⁵ M. A. Asiaín, “Comunidad”: *DTVC*, 287. En el mismo sentido, A. Cencini: “La comunidad, y el hacer comunidad, es un lugar estratégico para la renovación de la vida consagrada, es el camino mismo de la renovación, es su corazón y su centro” (citado por J. Rovira Asumí, *La vida consagrada hoy. Renovación, desafíos, vitalidad*, Publicaciones Claretianas, Madrid 2011, 174-175). El documento *La vida fraterna en comunidad* se refiere a la vida comunitaria como sacrificio, como la ‘máxima penitencia’, en el número dedicado a los desadaptados de la comunidad (cf. VFC 38). Comentando el capítulo correspondiente de la *Regla*, T. Tack afirma que “no es preciso que los que viven en comunidad se formulen la pregunta de cómo seguir a Cristo más de cerca. Ya tienen trazadas su penitencia y mortificación básicas” (T. Tack, *Si Agustín viviera. El ideal religioso de san Agustín hoy*, Paulinas, Madrid 1990, 97). Quizá esta concepción pueda derivarse de algunas expresiones agustinianas, como: “¿Qué soportará quien al hermano no soporta?” (*ep.* 48,3); pero es justo destacar que en estos pensamientos subyace, ante todo, el principio de soportarse mutuamente por y con amor, como se desprende del marco de esta carta.

¹⁶ Cf. G. Tejerina Arias, “La eclesiología agustiniana del *Christus Totus*”: *Revista agustiniana* 42 (2001) 1139-1179.

Orcasitas, en la plataforma alrededor de la cual giren todos los considerados imprescindibles de nuestra consagración religiosa y en el factor de revitalización y de reestructuración de nuestra concreta vida fraterna¹⁷, en el condimento indispensable para que seamos agustinos recoletos y no otra cosa.

El ideal monástico agustiniano no deja lugar a dudas a este respecto, hasta el punto de considerarlo el auténtico voto (cf. *reg.* 1,2; *en. ps.* 75,16; 83,4; 132,1; s. 355). Pienso, además, que hoy, más que nunca, ha de recuperarse vivencialmente el cariz contracultural y alternativo que la propuesta comunitaria agustiniana supuso en la sociedad desvinculante y estratificada de su tiempo (cf. *reg.* 1,6; *s. dom.* 2,4,16)¹⁸, así como el pensamiento, regenerado por el personalismo comunitario actual, de la necesaria socialidad para la forja la identidad, de la real solidaridad entre todos y de la posibilidad de ser libre aun en medio de la dependencia (cf. *en. Ps.* 69,7; 125,13).

De igual manera la *Forma de vivir*, a pesar de su correspondiente contextualización en una época en la que, *a priori*, no se le otorgaba tanta importancia a la vida comunitaria como en nuestros días, ni tan siquiera en los autores agustinos de renombre, presenta un colorido comunitario intenso y constante a lo largo de todo el documento, aunque no dedique ningún capítulo explícito a abordar la vida fraterna y aunque estén casi ausentes los vocablos *comunidad* y *común*¹⁹.

Por si el calado carismático de nuestra forma de vida fuera insuficiente, debe aducirse además que la dimensión comunitaria suele sufrir más los envites de la comprensión individualista y despersonalizada de las relaciones sociales, reducidas al goce y al disfrute o al uso y consumo, que actualmente prodigan por doquier, incluso en nuestras comunidades. Sin mayores alardes sociológicos, remito para constatarlo a unas ideas de la reciente *Evangelii gaudium*, donde el

¹⁷ Cf. M. A. Orcasitas, “El carisma agustiniano y su futuro en el s. XXI”: R. V. Pérez Velázquez y J. R. Ivimas Chanchamire, *II Congreso histórico de la Provincia Santo Tomás de Villanueva de la Orden de Agustinos Recoletos*, II, Santa Rita, Granada 2011, 945; T. Tack, *Si Agustín viviera...* 18-20.

¹⁸ En este sentido, la apreciación de van Bavel no puede ser más enérgica: “La Regla se convierte en profecía porque denuncia una forma de sociedad estratificada y ofrece la alternativa de una sociedad de iguales” (T. J. van Bavel, “La herencia espiritual de san Agustín”: AA. VV., *En camino hacia Dios. Notas para una espiritualidad agustiniana*, Pubblicazioni agostiniane, Roma 2005, 30; cf. Id., *Carisma: comunidad. La comunidad como lugar para el Señor*, Religión y Cultura, Madrid 2004, 47, 85-113; S. Álvarez Turienzo, “Comunidad en san Agustín y comunitarismos actuales”: AA. VV., *Soledad, diálogo, comunidad*, CTSA, Madrid 2000, 23-83; T. Tack, *Si Agustín viviera...* 9-21; E. Eguarte Bendímez, *Los ojos del corazón. Siete retos de la fe según san Agustín*, Editorial Agustiniana, Madrid 2013, 43-45).

¹⁹ Cf. J. Díez, “La comunidad en la *Forma de vivir*”: AA. VV., *Forma de vivir los frailes agustinos descalzos de fray Luis de León*, Augustinus, Madrid 1989, 177-249.

Papa reclama como aliciente para la humanización del mundo contemporáneo la comunidad²⁰.

De por sí, ya resulta significativo que uno de los capítulos de esta exhortación se titule ‘Crisis del compromiso comunitario’ (cf. EG 50ss.). Este hecho denota que el Pontífice se aplica a sí mismo lo que más tarde exige a toda la humanidad a la luz de aquellos a quienes la globalización del individualismo les ha privado tanto de palabra como de voz: el reclamo de una nueva mentalidad que piense la vida en términos de comunidad (cf. EG 188).

Pero, pasando más a lo concreto, el papa Francisco arremete contra el individualismo postmoderno y globalizado que “favorece un estilo de vida que debilita el desarrollo y la estabilidad de los vínculos entre las personas, y que desnaturaliza los vínculos familiares” (EG 67). También cuestiona el aumento del “aprecio por diversas formas de «espiritualidad del bienestar» sin comunidad, por una «teología de la prosperidad» sin compromisos fraternos o por experiencias subjetivas sin rostros, que se reducen a una búsqueda interior inmanentista” (EG 90) e, incluso indirectamente, la posibilidad de la vivencia de una fe cristiana ajena a la pertenencia a la comunidad (cf. EG 88).

Los números siguientes no tienen desperdicio, bien por su análisis, bien por su solución, por lo que los transcribo casi íntegros:

91. Un desafío importante es mostrar que la solución nunca consistirá en escapar de una relación personal y comprometida con Dios que al mismo tiempo nos comprometa con los otros. Eso es lo que hoy sucede cuando los creyentes procuran esconderse y quitarse de encima a los demás, y cuando sutilmente escapan de un lugar a otro o de una tarea a otra, quedándose sin vínculos profundos y estables... Es un falso remedio que enferma el corazón, y a veces el cuerpo. Hace falta ayudar a reconocer que el único camino consiste en aprender a encontrarse con los demás con la actitud adecuada, que es valorarlos y aceptarlos como compañeros de camino, sin resistencias internas. Mejor todavía, se trata de aprender a descubrir a Jesús en el rostro de los demás, en su voz, en sus reclamos. También es aprender a sufrir en un abrazo con Jesús crucificado cuando recibimos agresiones injustas o ingratitudes, sin cansarnos jamás de optar por la fraternidad.

92. Allí está la verdadera sanación, ya que el modo de relacionarnos con los demás que realmente nos sana en lugar de enfermarnos es una fraternidad mística, contemplativa, que sabe mirar la grandeza sagrada del prójimo, que sabe descubrir a Dios en cada ser humano, que sabe tolerar las molestias de la convivencia aferrándose al amor de Dios, que sabe abrir el corazón al amor divino para buscar la felicidad de los demás como la busca su Padre bueno. Precisamente en esta época, y también allí donde son un «pequeño rebaño» (Lc 12,32), los discípulos del Señor son llamados a vivir como comunidad que sea sal de la tierra y luz del mundo (cf. Mt 5,13-16). Son llamados a dar testimonio de una pertenencia evangelizadora de manera siempre nueva. ¡No nos dejemos robar la comunidad!

Subrayo esta última exclamación del Pontífice: “¡No nos dejemos robar la comunidad!”, tan afín a una manifestación de la CONFER de hacer años²¹, porque

²⁰ Para un desarrollo un poco más sistemático remito a E. Gómez, “La comunidad, crisol de renovación”: *Recollectio* 36 (2013) 225-233.

²¹ “Estamos perplejos ante el futuro de la humanidad. Hemos asistido al fracaso del comunismo como sistema de organización social. Nos sentimos a disgusto con una economía de

hemos de reconocer que nuestras vivencias comunitarias y nuestras estructuras fraternas se han deteriorado poco a poco con nuestros personalismos e individualismos, con nuestros espiritualismos y activismos, y, por qué no, con nuestros totalitarismos y aires dictatoriales, que la mayoría de las veces denotan falta de confianza en el hermano y nuestra incapacidad de dialogar, discernir en común y trabajar hombro con hombro.

Sin embargo, tal como subraya el papa Francisco, la vida fraterna es la que mejor puede sanar nuestras carencias afectivas, nuestros desfondamientos pastorales, nuestras dudas fiduciales, nuestras heridas existenciales y faltas de sentido, la que mejor puede orientar nuestras plegarias y generar el hogar que nos haga sentir, nunca mejor dicho, en casa. La fuerza de la vida fraterna para la vida religiosa y apostólica queda suficientemente insinuada y recogida en las tres pinceladas con las que la CIVCSVA describe la comunidad en el número anteriormente referido:

La comunidad religiosa a) es el lugar donde las grandes orientaciones se hacen operativas, gracias a la paciente y tenaz mediación cotidiana. La comunidad religiosa b) es la sede y el ambiente natural del proceso de crecimiento de todos, donde cada uno se hace corresponsable del crecimiento del otro. La comunidad religiosa es, además, c) el lugar donde, día a día, se nos ayuda a responder, como personas consagradas portadoras de un carisma común, a las necesidades de los más postergados y a los retos de la nueva sociedad (VFC 43).

Por esta razón no debe caer en saco roto que, si bien las reflexiones de los diversos colaboradores durante este año giran en torno a la vida fraterna y a la revitalización de las comunidades locales, de las delegaciones, vicarías y provincias –organismos todos ellos contextuales para una mejor administración (cf. *Const.* 322)– y de nuestra Orden en cuanto comunidad de comunidades, no debe perderse de vista que ante todo han de ayudarnos a reflexionar en y como comunidad, de modo que nos concienciamos de que la comunidad agustina recoleta es el auténtico sujeto, y al mismo tiempo objeto, de la formación permanente y, por tanto, de la continua renovación, revitalización y reestructuración.

Por ello, no está de más que el texto constitucional corrija la innegable responsabilidad personal del religioso en su formación (cf. *Const.* 260) con la doble misión que le otorga a la comunidad local en la misma:

- 1) Renovarse ella misma, mejorar la calidad de las relaciones entre sus miembros, incorporar los medios pedagógicos y religiosos que le pueden ayudar en este empeño,

mercado que es, ciertamente, capaz de crear riqueza, pero a costa de muchos excluidos del sistema y de una naturaleza devastada. Somos testigos directos de las grandes injusticias que todavía se dan en este mundo global y tecnificado. ¿Existe alguna alternativa de futuro? ¿Qué nos queda? ¿Nos queda el milagro de la comunidad! Nosotros no somos políticos ni economistas. No tenemos una *tercera vía* original, pero hemos recibido el don de vivir un estilo de vida fraterna y solidaria que se ha revelado humanizador a lo largo de muchos siglos y que es un reflejo del Dios en el que creemos” (Citado por G. Fernández Sanz, “Callar, escuchar, hablar. Tres verbos de la comunidad religiosa”: AA. VV., *Soledad...* 302).

preguntarse acerca de su fidelidad a Dios y del testimonio interno y externo que ofrece.

- 2) Formar a cada uno de sus miembros de la manera más oportuna en cada caso, teniendo preocupación de enseñar, corregir, estimular y compartir en el nombre del Señor todo aquello que es necesario (*Const.* 261).

Y que más adelante, refiriéndose a órganos colegiales como los capítulos o los consejos, añade:

Disciernan los hermanos en común cuáles son los designios de Dios sobre el asunto tratado, atendiendo a los signos de los tiempos. Procuren formar su juicio según los criterios del evangelio y del magisterio eclesiástico, de la *Regla* y de nuestras leyes (*Const.* 327).

Quizá el segundo rasgo, el de la vida fraterna como objeto de la formación permanente, no esté tan presente en nuestro texto constitucional. De hecho, de las muchas dimensiones objeto de formación que se recogen en él, en ninguna ocasión se halla una referencia explícita a la necesidad de formar al agustino recoleto para la vida fraterna, ni mucho menos a la necesidad de una educación afectiva de por vida, atendiendo a las diversas fases existenciales y apostólicas, pues, en las sendas del amor, la amistad y la comunión, todo el mundo sabe que se avanza, se retrocede e incluso se muere²².

Sin embargo, los agustinos recoletos somos cada vez más conscientes de su necesidad, porque advertimos que algo nos falta; de que sin una sana pedagogía en ella, haciendo uso de lo aportado por las diversas áreas para fomentar las habilidades sociales propias de la convivencia y de una vida en sociedad, a duras penas se superarán los síndromes de la familia monoparental y del hijo único que nos aquejan, y difícilmente nos plantaremos ante nuestros coetáneos como esos expertos y exportadores de la fraternidad que hoy en día reclaman la Iglesia y los marginados e inexistentes sociales. De ahí que bastantes de las colaboraciones encargadas, atendiendo a la *ord.* 2.2 del capítulo general y a nuestro plan de formación²³, atiendan a la pedagogía humana y espiritual en la vida comunitaria para paliar esta laguna.

²² Es llamativo que, cuando se establecen los principios generales de la formación agustino-recoleta y se presenta a Agustín como modelo de vida y su regla como vademécum de la misma, la comunión de vida está ausente (cf. *Const.* 123). A la hora de exponer al maestro de novicios como el agente humano central en la formación de quienes se inician en la vivencia carismática, se repasan un sinfín de aspectos bajo la tríada “educador, formador, acompañante”, pero sin aludir a una pedagogía para la vida comunitaria ni en las actitudes que la posibilitan (cf. *Const.* 170). Las referencias a la formación inicial insisten en una pedagogía de la oración y del estudio intelectual para prepararse debidamente al apostolado, obviando la formación en la convivencia (cf. *Const.* 224), aspecto repetido al precisar el itinerario formativo de los religiosos hermanos (cf. *Const.* 253) y de quienes piden las órdenes sagradas (cf. *Const.* 236ss.). Tan sólo en ciertos lugares aparecen referencias veladas a la dimensión pedagógica de la vida comunitaria (cf. *Const.* 126), pero sin explicitar la necesidad de educar en ella. Se exhorta, eso sí, a que la comunidad sea escuela de fraternidad (cf. *Const.* 164) y a que el prior edifique una comunidad fraterna (cf. *Const.* 165).

²³ Cf. *Plan de Formación. Studium Sapientiae*, 390-436.

Finalmente, es el deseo del instituto que los aspectos de la vida fraterna programados para este año (la dialéctica persona y comunidad en la sociedad actual; la vivencia comunitaria en la Escritura y su importancia en la vida, proyecto y pastoral de Agustín; la densidad comunitaria de la nuestra primera forma de vida y sus acentos recoletos a lo largo de la historia; apuntes pedagógicos sobre el diálogo y la transmisión de experiencias, la vida fraterna, la oración comunitaria, el perdón mutuo; el planteamiento comunitario del apostolado; el liderazgo como acicate de comunidades vivas; el arte de saber envejecer en común; la convocación en el dolor, el sufrimiento y la marginación; las experiencias comunitarias de las recoletas de clausura y de los agustinos recoletos seculares; los retos comunitarios que el mundo actual nos plantea) no sólo nos hagan crecer en y como comunidad, sino que también alienten a nuestras comunidades en la senda de las comunidades evangelizadoras descritas recientemente por el Papa: comunidades que ‘primereen’, involucren, acompañen, fructifiquen y festejen el evangelio que nos da la vida (cf. EG 24).

Enrique Gómez García
Instituto de Espiritualidad e Historia
Salamanca

